



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Leonor Arfuch

La Vida Narrada

Memoria, Subjetividad y Política

Ediciones  UACH

Colección Austral Universitaria de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades

Coedición:  **eduvim**
Editorial Universitaria
Villa María

Esta primera edición en 500 ejemplares de

LA VIDA NARRADA
Memoria, Subjetividad y Política

de Leonor Arfuch

se terminó de imprimir en septiembre de 2019
en los talleres de Andros Impresores

☎ (2) 25 556 282
www.androsimpresores.cl
para Ediciones Universidad Austral de Chile

☎ (56-63) 2444338
www.edicionesuach.cl
Valdivia, Chile

Dirección editorial
Yanko González Cangas
Ana Traverso Münnich (s)

Cuidado de la edición
César Altermatt Venegas

Diseño y maquetación
Silvia Valdés Fuentes

Todos los derechos reservados.
Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© 2018, Leonor Arfuch

© D.R. 2019, Universidad Austral de Chile
Independencia 631
Valdivia - Chile

© D.R. 2019, Editorial Universitaria Villa María
Chile 253, (5900) Villa María, Córdoba, Argentina
Tel.: 54 (353) 4539145
www.eduvim.com.ar

ISBN: 978-956-390-093-4

PRIMERA EDICIÓN:
Editorial Universitaria Villa María, 2018
Argentina

Contenido

Prólogo 13

INFLEXIONES DE LA CRÍTICA 19

**Capítulo 1. El «giro afectivo». Emociones, subjetividad
y política 21**

El espacio biográfico 22

El giro afectivo 25

Emociones, ética y política 28

Epílogo 30

Capítulo 2. De biógrafos y biografías: la pasión del género 33

Antepasados 34

Contemporáneos 39

Actualidad de la biografía 44

Retorno 54

**Capítulo 3. Narrativas de la memoria: la voz, la escritura,
la mirada 57**

La narrativa 58

En torno del lenguaje 58

En torno del sujeto 61

El espacio biográfico 62

Identidades narrativas 65

Narrativas de la memoria 67

EL PAÍS DE LA INFANCIA 77

Capítulo 4. (Auto) figuraciones de infancia 79

- Avatares de la memoria 81
- Lo biográfico, lo memorial 88
- Voces *desde* la infancia 94

Capítulo 5. Memoria, testimonio, autoficción. Narrativas de infancia en dictadura 99

- Las historias 102
- La lectura 109

Capítulo 6. El exilio de la infancia: memorias y retornos 117

- Escritoras 119
- Cineastas 122
- Temporalidades de la memoria 125

DE LA VIDA EN EL ARTE 129

Capítulo 7. Albertina, o el tiempo recobrado 131

Capítulo 8. Arte, memoria y archivo. Poéticas del objeto 135

- Poéticas del objeto I 143
- Poéticas del objeto II 149

Capítulo 9. Identidad y narración: devenires autobiográficos 155

- Boltanski: transitar, dejar huella 160
- Emin: poner el cuerpo 163
- Final 168

Epílogo. Horizontes futuros de la memoria 173

Referencias bibliográficas 175

Prólogo

La invitación a publicar un libro es siempre tentadora. Interrumpe el transcurso de un tiempo indeciso y lleva a definir con fecha cierta qué escrituras podrían cobijarse bajo un título en común. Este libro surgió de esa tentación, y de la predisposición de varios ensayos a entablar una «conversación grupal», como dice uno de mis autores citados, en una temporalidad diferida pero no menos acuciante que la del momento en que fueron escritos. Porque todos responden, en mayor o menor medida, a una inquietud plasmada en los significantes que acompañan el título: la relación tensa, oscilante y sin garantías entre memoria, subjetividad y política.

La invitación es entonces a sumarse a esta conversación, que traduce a su vez múltiples voces, en un recorrido que resume en cierto modo mi trabajo de los últimos cinco años. No es un recorrido cronológico sino más bien teórico y temático, y las secciones —que parecen obedecer a la famosa tríada de Peirce— señalizan apenas lo que será sin duda el devenir azaroso de cada lectura.

En el primer capítulo, «El giro afectivo...», abordo críticamente ciertas reflexiones actuales de las ciencias sociales y humanidades —en particular en el mundo anglosajón— que, en sintonía con cambios significativos de las sociedades contemporáneas y a partir de postulados de la neurobiología, sostienen la primacía de afectos y emociones en

hábitos y comportamientos, en desmedro de lo discursivo, lo cognitivo y lo argumental. Una «sociedad afectiva» donde los medios son protagónicos: *talk shows*, *realities*, redes sociales, auge de lo auto/biográfico, lo íntimo y lo subjetivo, *voyeurismo* y emociones vicarias en la TV, justicia restaurativa, «branding», carisma y liderazgo como valores prioritarios. Esta esfera pública emocional ha permeado con gran éxito la política, al punto tal que, con una nota de humor, alguien decía que la «emocionología» parece haber tomado el lugar de la ideología. Atenta a la relevancia que esta temática tiene en nuestro contexto, confronto estas tendencias con otras posiciones de la crítica cultural, que retoman la discusión en términos éticos y políticos.

En el capítulo 2, «De biógrafos y biografías...», que escribí para este libro, trato de indagar en ese afán de apresar el registro fugaz de la existencia que podríamos llamar *la tentación biográfica*, tal como se da en la biografía, a diferencia de otros géneros afines: ¿Qué tentación anima a la biografía? ¿Qué es lo que lleva a andar sobre los pasos de un otro? ¿Es la atracción de una vida, la admiración por una obra, la fascinación por un personaje? Las respuestas varían según los biógrafos —y por cierto, según los biografiados—, en una parábola espacio/temporal que va de las *Vidas paralelas* de Plutarco a ambas orillas del canal —Inglaterra y Francia—, donde John Aubrey dialoga con las *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob; Borges con este último; Lytton Strachey se ocupa de los *Victorianos eminentes* y Michael Holroyd de *Lytton; Roland Barthes* nos cuenta de un personaje de novela que lleva su nombre y François Dosse cruza las biografías de *Deleuze/Guattari* y narra, sin conocerlo, la vida intelectual de *Paul Ricoeur*. Una verdadera conversación grupal, que se va entramando hasta nuestros días, y que muestra la actualidad de la biografía, que quizá se explique en la respuesta que podamos dar a estas preguntas: ¿qué nos lleva a atisbar, como lectores, esas vidas ajenas, confundidas tal vez con sus obras o en su simple devenir? ¿Qué es lo que sostiene la pasión del género al cabo de los siglos y hasta hoy?

En «Narrativas de la memoria...» quise detenerme especialmente en los significantes que eslabonan el título, «la voz, la escritura, la mirada», por una preocupación ética ante el terreno delicado que supone la escucha, el traer al presente el pasado, sobre todo en el caso de

memorias traumáticas. El capítulo tiene dos partes, la primera, teórica, donde presento una perspectiva transdisciplinaria para el análisis, la segunda, situada, es un recorrido por las *narrativas de la memoria* tal como fueron emergiendo en nuestra posdictadura y hasta hoy. En la primera destaco el rol configurativo del lenguaje y la narración, así como una idea de sujeto cercana al psicoanálisis y, por ende, una concepción no esencialista de la identidad, que valora los aportes de Ricoeur en cuanto a su concepto de «identidad narrativa». En la segunda presento algunos hitos en ese devenir de nuestras memorias y su conflictividad inherente, sobre todo cuando se trata de definir el horizonte de la memoria pública, que se resiste a llamarse *colectiva*.

La segunda parte del libro, «El país de la infancia», reúne tres ensayos, escritos en los últimos años, donde analizo narrativas de la memoria en la voz de hijos e hijas de desaparecidos/exiliados, en un «tercer momento», si pudiera decirse, en esta larga temporalidad. Voces que se tornan sobre la propia infancia en dictadura —antes quizá se interrogaron sobre la figura de sus padres/madres— y optan por formas artísticas de expresión —cine, literatura— con una inequívoca marca autobiográfica, aun en el modo de la autoficción. Voces —experiencias— que trazan una cartografía sensible y singularizada para la comprensión del hecho histórico.

El corpus que aborda el primero, «(Auto) figuraciones de infancia», comprende dos películas, *Infancia clandestina*, de Benjamín Ávila (2011) y *El premio*, de Paula Markovitch (2011), una tesis sobre la revista infantil *Billiken*, publicada precisamente bajo el título *La infancia en dictadura*, de Paula Guitelman (2006) y un libro singular, *¿Cómo es un recuerdo?*, de Hugo Paredero (2007), que recoge las respuestas de 150 niños de 5 a 12 años en entrevistas realizadas con un cuestionario abierto apenas recuperada la democracia, en 1984. Mientras los cineastas decidieron afrontar la elaboración narrativa de sus memorias traumáticas a través de la creación de obras (auto) ficcionales, las voces de los niños, registradas en esa primeridad de la experiencia, dejaron un conmovedor testimonio de inocencia y miedo.

El segundo, «Memoria, testimonio, autoficción...» se centra en narrativas de mujeres que padecieron, con sus rasgos de singularidad, el

hecho común de vivir la infancia en dictadura y ser víctimas directas de ella. Hijas de desaparecidos o encarcelados, que abordaron sus memorias de aquel tiempo a través de verdaderos «actos autobiográficos», que son también un duelo hecho palabra. Ellas son Laura Alcoba, autora de *La casa de los conejos* (2008), escrita inicialmente en francés y traducida a varias lenguas; Raquel Robles, autora de *Pequeños combatientes* (2013), ambas autoficciones o novelas autobiográficas; Mariana Eva Pérez, autora de *Diario de una princesa montonera* (2012), un libro heterodoxo, producto de un blog, que cruza y transgrede géneros discursivos con ironía mordaz y humor y Angela Urondo Raboy, autora de *¿Quién te creés que sos?* (2012), un libro que también fue inicialmente un blog, al que se le agregaron luego textos y documentos.

El tercero y más reciente, «El exilio de la infancia...», aborda el exilio como causa política del desplazamiento, que en este caso es el de hijas cuyos padres tuvieron que escapar del accionar represivo de las dictaduras, la de Chile (1973-1989), la de Argentina, (1976-1983). Hijas que nacieron en el exilio, asumiendo la carga traumática familiar, exiliadas-hijas, las que partieron, junto con sus padres —y a veces, con algún familiar— a un incierto destino, llevando apenas unos pocos objetos como vestigios de lo que fuera el hogar. El corpus, que también obedece a una mirada de género (*gender*) está integrado por: Verónica Gerber-Bicceci, artista visual que escribe, con su novela gráfica y autoficcional *Conjunto vacío* (2014); Laura Alcoba, escritora, con su tercera novela autobiográfica, *El azul de las abejas* (2014); Macarena Aguiló, con su filme documental autobiográfico, *El edificio de los chilenos* (2010) y Virginia Croatto, con su filme documental y testimonial *La guardería* (2016). Mujeres entre treinta y cinco y cincuenta años, para quienes la experiencia del exilio marca, de manera inequívoca, vidas y obras.

La tercera parte nos lleva al mundo del arte, o «de la vida en el arte» para pensar las múltiples modalidades que adopta hoy la relación entre arte y sociedad, o más precisamente, de qué manera las formas artísticas logran expresar, con otros lenguajes, la dimensión traumática y memorial de la vida contemporánea.

El primero de los ensayos, «Albertina, o el tiempo recobrado», evoca

la instalación audiovisual múltiple de Albertina Carri en el Parque de la Memoria, *Operación fracaso y el sonido recobrado* (2016), donde la cineasta rinde homenaje a su padre y a su madre desaparecidos y también al cine, que es su medio de expresión. Leer al padre con imágenes, podría ser un modo de definir *Investigación del cuatreroismo*, una de las instalaciones de la muestra, donde Albertina retoma el personaje de Isidro Velázquez, mítico cuatrero norteno, cuya épica, vista como una forma de insurrección popular, inspirara un conocido libro de Roberto, su padre. El recuerdo de la madre se plasma a su vez en otra instalación, a sala oscura, donde la voz de Albertina lee las cartas que Ana María enviaba a sus hijas desde la prisión —ella tenía tres, cuatro años— y su voz, en un fluir que evita las modulaciones, la acentuación particular que ese otro cuerpo ausente le hubiera dado, va marcando una cadencia de frases con puntos y comas —*Punto impropio*—, una grafía minuciosa que teje un diálogo entre madre e hijas en una proximidad del avatar cotidiano que es a la vez sorprendente y desoladora.

En «Arte, memoria y archivo...» parto de la primacía que arte y memoria atienen en el horizonte contemporáneo, tanto en lo que hace a las políticas oficiales, como a las prácticas de diversos artistas comprometidos con el conflictivo mundo actual. Museos, monumentos —y anti-monumentos— memoriales, festivales, performances, bienales, mega exposiciones, dan cuenta de esa inquietud memorial donde el pasado —reciente o distante— se articula en el presente y puede operar como un registro crítico respecto de las diversas formas de la violencia actual: guerras, atentados, migraciones, éxodos, fronteras. La idea de este capítulo es traer al ruedo la investidura afectiva en los objetos, tal como se da en algunas prácticas del arte y en relación con distintas memorias, a partir de los trabajos de dos artistas visuales contemporáneas, Nury González, de Chile, Marga Steinwasser, de Argentina.

Por su parte «Identidad y narración...» aborda la relación sutil entre narración autobiográfica y construcción identitaria a partir de una concepción no esencialista de la identidad. Desde esta perspectiva, y a partir del concepto de *espacio biográfico*, propongo una lectura sintomática de dos experiencias de las artes visuales que tuvieron lugar en Buenos Aires (2012), susceptibles de un abordaje tanto en el plano estético

como ético y político: las muestras individuales del artista francés Christian Boltanski y de la artista inglesa Tracey Emin, que por primera vez, y en forma simultánea, tuvieron lugar en nuestro país. El primero creó dos instalaciones memorables, *Migrantes*, en el Museo del viejo Hotel de Inmigrantes, y *Flying books*, en la vieja Biblioteca Nacional, evocando a Borges; Emin presentó una muestra de obras de video-arte en el MALBA, con fuerte anclaje en las vicisitudes de su vida. Ambas podrían ser incluidas en el concepto de arte público/arte crítico.

Finalmente, en nuestro epílogo nos preguntamos por los futuros de la memoria, qué modulaciones del recuerdo traerán, qué perspectivas se abren ante el paso del tiempo y los cambios de época. Preguntas inciertas, que sin embargo confían en las voces jóvenes, en las nuevas imágenes, miradas e historias que vendrán a integrarse a una trama común —otras vidas narradas— en el devenir sin fin de los relatos.

Inflexiones de la crítica

Capítulo 1

El «giro afectivo». Emociones, subjetividad y política¹

En los últimos años, el «giro afectivo» (*the affect turn*) parece haber ganado terreno en la reflexión de las ciencias sociales y humanidades —en particular en el mundo anglosajón— en sintonía con ciertos cambios significativos de las sociedades contemporáneas, que se manifiestan tanto en la vida cotidiana, los comportamientos y los hábitos, como en relación con la política. «Vivimos en una sociedad afectiva» —dicen algunos— una condición que se despliega en cantidad de registros donde los medios tienen indudable primacía: *talk shows*, *reality*, expansión de lo auto/biográfico y lo subjetivo, culto a la intimidad, exaltación confesional en las redes sociales, hibridación de géneros, *voyeurismo* y emociones vicarias en la TV, justicia restaurativa —y juicios mediáticos—, *branding* publicitario, inteligencia emocional, carisma y liderazgo como valores prioritarios, en definitiva, una esfera pública emocional —con la distinción normativa entre emociones tóxicas y saludables— que ha permeado con gran éxito la política, al punto tal que, con una nota de humor, alguien decía que la «emocionología» parece haber tomado el lugar de la ideología. Un estado de cosas en el cual vuelve a plantearse una vieja pregunta con nuevos matices: si este giro

.....
 1 Este ensayo fue publicado en la Sección Debate del dossier *Emociones en la nueva esfera pública*, Revista *deSignis* nro. 24, Editorial UNR, ISSN 1578-4223, Septiembre, 2016, pp. 245-53.

emocional supone un capitalismo más humano, de mayor sensibilidad o se trata, una vez más, del apogeo del individualismo y de la cultura del hedonismo. Vieja pregunta porque ya hacia fines de los setenta Richard Sennett, en su clásico *El declive del hombre público* (1978), analizaba el creciente privilegio del yo, la personalidad y el carisma como una irremediable caída en el narcisismo, en desmedro de la cultura pública y las identificaciones compartidas.

En los ochenta, tras el fracaso de las utopías revolucionarias, se acentúa esa tendencia a la subjetivación, tanto en los «pequeños relatos» que traía al ruedo la posmodernidad como en la exaltación del «cuidado de sí» que se apreciaba en cantidad de publicaciones ligadas al *new age*, y también en la personalización de la política, que parecía doblar la apuesta del Nuevo Periodismo de los sesenta y su clásico «Cómo se vende un presidente» para instaurar —o producir— en la pantalla *el cuerpo del presidente*, tal como Eliseo Verón (2001) lo advirtió, con su aguda mirada semiótica, al analizar la campaña electoral francesa de 1981 y la radical transformación de la imagen de Mitterrand, que pasó de una cierta modestia provinciana a encarnar el ideal francés bajo el imperio de la mediatización.

El espacio biográfico

En ese contexto, ya hacia fines de los ochenta, empecé a pensar que la insistencia y la simultaneidad de estas expresiones definían un cierto aire de época. Me propuse entonces una investigación que llevó su tiempo, ya que afloraban en el horizonte innumerables narrativas con «parecidos de familia», desde el auge creciente de los géneros canónicos —memorias, autobiografías, biografías, diarios íntimos, correspondencias— a sus diversas hibridaciones en los medios —*talk shows*, *reality shows*, docudrama— y también en la literatura, el cine y las artes visuales, donde el «documental subjetivo» y la autoficción dejaban una notoria impronta. Se sumaba a estas expresiones el famoso «retorno del sujeto» en las ciencias sociales, que atenuaban su pulsión cuantitativa para dar primacía a la voz y al relato vivencial de la experiencia, junto con el auge

de la historia oral y un súbito interés en reconocidos académicos por escribir autobiografías más o menos intelectuales. Estaba también el afán por hacer públicos los archivos personales —borradores, cuadernos de notas, impresiones de viaje, recuerdos de infancia, esbozos de relatos, apuntes de clase, agendas—, todo lo que pudo haber tenido contacto con la mano del autor antes de la computadora. Así, en la confrontación de los diversos corpus, se fue delineando una perspectiva transdisciplinaria donde el análisis del discurso, la semiótica, la teoría literaria y la crítica cultural se articularon con enfoques filosóficos, sociológicos, psicoanalíticos, en una verdadera «conjura» estética, ética y también política. Desde esa óptica decidí abordar el análisis de esa proliferación narrativa difícil de acotar, esas «subjetividades en lugar de sujetos», según rezaba el célebre *motto*, en clara alusión al ocaso de los grandes sujetos colectivos. Postulé así el concepto de *espacio biográfico* para dar cuenta de esa convivencia aparentemente sin conflictos de expresiones multifacéticas, no comparables a escala valorativa, pero que sin embargo tenían rasgos en común. Un espacio que iba más allá de los géneros discursivos —o que los contenía sin taxonomías jerárquicas ni límites prefijados— y cuya definición, en sintonía con la de Doreen Massey (2005) era la de una *espacio/temporalidad*, donde podía trazarse una línea histórica desde los albores del sujeto moderno, cuyo anclaje mítico son las *Confesiones* de Rousseau, hasta las incontables variantes contemporáneas, en una trama sin fin de interacciones e interrelaciones (Arfuch, 2002).

Pero mi propósito iba más allá de lo descriptivo para tratar de entender fenómenos que se iban produciendo en nuestras sociedades: la indistinción entre espacios públicos y privados y el repliegue en lo privado; la afirmación ontológica de la diferencia a través de la multiplicación de las identidades —y el consecuente replanteo teórico de las mismas, en el sentido de un antiesencialismo—; el afianzamiento del neoliberalismo y por ende, del individualismo a ultranza, la competitividad feroz y el emprendedor de su propio destino como modelo social o asocial —no por azar se daba el resonante éxito de *Gran Hermano*—; cierto aflojamiento de las costumbres y una liberalización de la palabra, sobre todo respecto de la sexualidad y las emociones —aunque siempre bajo

la égida del autocontrol, caro a Norbert Elías (1991)— y un desdibujamiento ideológico y programático en la política en aras del carisma y la personalidad —o el personalismo—, como ya había sido percibido ácidamente por Habermas (1981).

El «espacio biográfico» operó entonces no como una mera acumulación fortuita de géneros discursivos, sino como una trama simbólica, epocal, un horizonte de inteligibilidad para el análisis de la subjetividad contemporánea. No lo nominé entonces como un «giro» —pese a estar cerca, por mi formación, del «giro lingüístico»— aunque volviendo sobre páginas dormidas hace mucho, encontré varias veces la expresión, tanto en un plano conceptual —«no se trata solamente de un giro formal, ligado al despliegue de la comunicación»— como de sus efectos de sentido: «las implicancias de este giro, de esta vuelta obsesiva sobre la minucia de la subjetividad, son considerables» (Arfuch 2002, 247). Más tarde, algunos colegas hablaron del «giro subjetivo» refiriéndose al auge del testimonio sobre nuestro pasado reciente (Sarlo 2005) y aún, del «giro autobiográfico» en la literatura (Giordano 2008), que ganaba cada vez más terreno a la ficción.

Pese a ser crítica, mi lectura no fue pesimista. Entendía que esa transformación era en cierto modo positiva —pluralidad de las voces, emergencia de nuevas identidades y movimientos sociales; asunción orgullosa de la diferencia, como en el caso de las comunidades LGBT, los feminismos y las minorías— en el sentido deleuziano, en su diversidad étnica, religiosa, cultural, lingüística; intento de proximidad ante el alejamiento que producen las tecnologías; necesidad de autoafirmación; búsqueda de una singularidad que escape a la ley del número ante la creciente uniformidad de las vidas —una visión quizá anticipatoria de las redes sociales—; aprecio de la heterogeneidad y desvanecimiento de las fronteras canónicas en las artes y en las disciplinas; ampliación de los consumos culturales en la conectividad global y nuevas formas de universalismo. Y al mismo tiempo, todo lo expresado anteriormente: la acentuación del individualismo y el afán del consumo, la meritocracia, el desdibujamiento de las utopías colectivas y una aceleración sin pausa de la vida que no da tiempo a la introspección y donde todo parece ponerse afuera —en Facebook, por ejemplo. De ahí la idea de dilema: una disyuntiva sin apropiada solución.